

su vez, sea padre. El hijo mayor es el sucesor del trono de cada casa y reconocido por todos los demás como el primero después del padre. Además, allí, como en la mayoría de los pueblos que se encuentran en un grado inferior de cultura, sobresale claramente el derecho de la madre, en las cuestiones hereditarias, por encima del de todos los demás, lo cual viene á ser un límite puesto á la tendencia que hacia la condición de inferioridad de la mujer encontramos en



Una aguja de los cafres para extraer espinas. (Museo de la Casa de Misiones, de Berlín)  $\frac{1}{4}$  de su verdadero tamaño. Véase pág. 131

todas partes. Los hijos pertenecen, á menudo, á la tribu de la madre, pero entre las tribus pastoriles prevalece en este punto un rasgo patriarcal en virtud del cual se concede al padre el derecho de dividir la herencia. Este, por regla general, deja á cada una de sus «casas», es decir, á cada mujer é hijos respectivos, una parte de sus bienes, si bien á la mujer principal y á su hijo, el principal heredero, una porción mayor que á los demás, lo cual no sucede con los africanos agricultores del Oeste, á quienes puede aplicarse lo que dice Buchholz hablando de los habitantes de río Quaqua: «Por más que las mujeres sean vendidas y á menudo empeñadas, sus hijos son considerados como parientes de la familia de la mujer, de suerte que un hombre, cuya madre sea oriunda de Mungo ó Abo, por ejemplo, será considerado como individuo de las tribus de estos lugares, gozando de una protección especial por parte de éstas y de todos sus privilegios, aun en aquellos casos en que se rompan las hostilidades.» Estas relaciones entre las tribus toman un carácter político, gracias á la costumbre de la exogamia, que se halla allí extendida, aunque quizás no de un modo tan obligatorio como entre los australianos y los polinesios. Este carácter aparece, avasallando á todos los demás en el matrimonio y en la herencia de los grandes caudillos, los cuales por su propia elección no toman generalmente más que una mujer, si bien á medida que se hacen viejos y aumentan sus riquezas y su poderío, reciben como novios algunas princesas que les son enviadas y que no podrían rechazar sin originar graves conflictos, y cuyos padres, contra lo que es costumbre, las dotan pródigamente. La última de éstas es, con frecuencia, la más ilustre y se convierte, por lo mismo, en mujer principal, siendo su hijo nombrado heredero del trono. Esta es también la causa de los frecuentes interregnos que robustecen el poder de los consejeros.

En las demás nociones de parentesco, encuéntrase también algo común con otros pueblos que se encuentran á igual grado de cultura, y en las denominaciones de los parientes predomina una tendencia generalizadora que todo lo subordina á la organización patriarcal. Creemos interesante conocer las voces con que designa las relaciones más inmediatas de familia una tribu perfectamente deslindada como

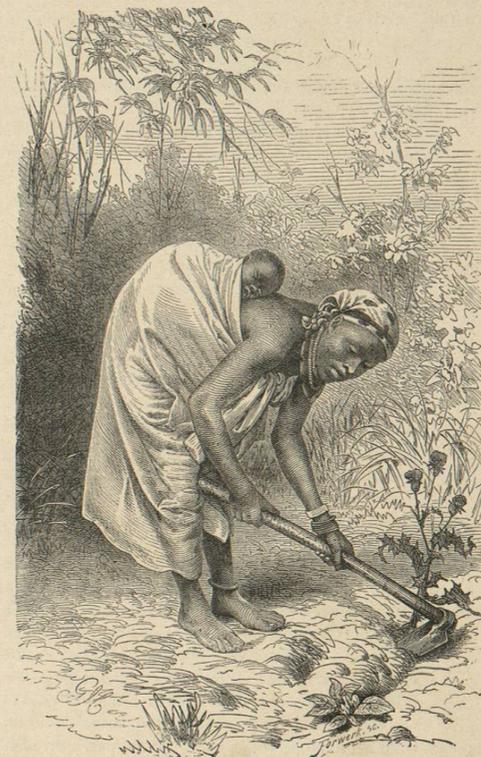
la de los hereros, valiéndonos para ello de los datos que nos suministra Buttner. Según éste, padre es *tate* y madre *mama*, nombres que parecen arrancar de los tiempos primitivos de la humanidad. Estas palabras, empero, sólo son usadas hablando de «mi» padre y de «mi» madre, y se aplican también á todos los miembros de la línea ascendente, por más que al abuelo y á la abuela se les llame, en el lenguaje familiar, el viejo (*omu-kurume*) y la viejecita (*oka-kurukaze*). Estas denominaciones las usan asimismo los hijastros respecto de los padrastros y aun los hijos respecto de los parientes inmediatos de los padres carnales. En cambio para decir «tu» padre y «tu» madre («vuestro» padre y «vuestra» madre) dicen *iho* y *onyoko* y para decir su padre y su madre (el padre de ellos y la madre de ellos) dicen *ihe é ina*. No hay una palabra especial para el hijo y para la hija, sino para los hijos, los mamones, los niños, las muchachas, etc.: estas palabras son indudablemente las mismas en muchos idiomas bantús, pues aun cuando en los vocabularios de alguno de éstos, redactados las más de las veces muy á la ligera, aparezcan directamente traducidas las palabras hijo é hija, lo cierto es que tales nombres no son más que denominaciones generales para niños, etc. Tampoco hay una palabra general para hermanos, ni una especial para el hermano mayor y otra para la hermana, sino que también en esto se ve marcado en el idioma el sello de la constitución de la familia. El hermano llama á su hermano mayor *e-rumbi* (palabra que se considera como título honorífico para el jefe de la familia) y á su hermano menor *omu-angu* (palabra con la cual puede designarse principalmente á uno que está en condición más baja, que no tiene ni sabe mucho qué decir): á su hermana la llama *omu-tena*: á su vez, la hermana llama también á su hermana mayor *e-rumbi*, á la menor *omu-angu* y al hermano *omu-tena*. Iguales denominaciones usan no sólo los parientes carnales, sí que también los hereditarios. Todos los que pertenecen á una familia son denominados *ova-kuetu* (nuestros), *ova-kuenu* (vuestros), *ova-kuano*. Por esto los indígenas que ayudaron á los misioneros de los hereros á traducir el Nuevo Testamento, consideraron que la mejor traducción de la locución cristiana «hermanos» ó «queridos hermanos» era su *ova-kuetu* y muchos quebraderos de cabeza les costó comprobar, cuando se dice «Pedro, hermano de Andrés», si se había de hacer referencia á un hermano mayor ó á un hermano menor. «Mientras nosotros, los misioneros — dice Buttner — procurábamos explicarles que no se conocía con exactitud esta relación, insistían ellos en preferir las palabras genéricas de *omu-kuetu*, etc. Los parientes que proceden de un mismo origen se llaman *ova-samumme*, es decir gentes de una misma descendencia.»

El que esta sólida organización de la cohesión familiar produzca ó no frutos en la forma de una vida feliz de familia, depende seguramente de muchas circunstancias. Condiciones hay para ello en las familias; los obstáculos proceden á menudo del exterior, en donde las relaciones políticas son, con frecuencia, tan inseguras, como firmes son las familiares. El negro, en todas las evoluciones de su pensamiento, tiene un talento infantil para obedecer, talento que de la familia aporta al municipio, que allí más que en ninguna otra parte reviste un carácter esencialmente patriarcal. Junto á una gran independencia en todo aquello que se refiere á la dirección de la vida y al derecho personal, obsérvese entre estos pueblos un respeto casi supersticioso hacia sus soberanos, mostrando en este punto algo que recuerda la antigua teoría del derecho divino. Los indígenas no comprenden que una agrupación, por pequeña que sea, pueda

ordenar sus asuntos sin «una cabeza», como dicen en su lengua los basutos: tampoco comprenden una autoridad delegada ó simplemente temporal, no obediendo más que á un poder real é indiscutible, cuyo origen se oculta ó se pierde en las tinieblas del pasado, ó que, caso de que sea de origen reciente, sea resultado de un orden de cosas en cierto modo determinado necesariamente por el destino. De suerte que entre ellos carecería de todo fundamento un poder que para legitimarse hubiera de acudir al terreno de la razón. Hay caudillos que han llegado á serlo por la fuerza de las armas; pero la mayoría de ellos son descendientes de aquellas familias de la tribu que pretendieron para sí el privilegio de la antigüedad y por ende el de la soberanía. Hé aquí un terreno magnífico para el despotismo: déspotas son, en el sentido en que nosotros tomamos esta palabra, los mejores caudillos africanos, siendo de notar que aunque no quisieran serlo, á ello les obligarían sus súbditos que procuran con gran solicitud atender á los menores caprichos de sus señores. La forma más directa y más sencilla de adulación política es la imitación de todo cuanto hace el caudillo. Setscheli describía esta costumbre á su amigo Livingstone, como caía en desuso, diciéndole: «Antes, cuando el caudillo era aficionado á la caza, todas sus gentes se procuraban perros y comenzaban á aficionarse á esta diversión; si le gustaba la música ó el baile, todos se inclinaban á estos placeres; si le placía la cerveza, se emborrachaban todos con esta bebida.» Como esta adulación no es, hoy en día, bastante poderosa, los caudillos de los betschuanes, que parecen ser especialmente sensibles á ella, han creado el recurso de pagarla, convirtiéndola de esta suerte, en cierto modo, en negocio de Estado. En todas las tribus betschuanas, hay individuos que tienen el arte de componer canciones laudatorias, con las cuales recrean, en ciertas ocasiones, los oídos de los caudillos: por regla general, se levantan temprano y se dirigen á la choza del caudillo antes de que éste se despierte y le dan una alborada espetándole sendos discursos llenos de alabanzas y encomios, luciendo en ellos un grado no escaso de elocuencia y empleando un rico repertorio de imágenes. Son, además, sumamente hábiles en la danza, blandiendo el hacha guerrera y tocando la calabaza sonajera propia de tales espectáculos. El caudillo paga tan dulces arengas con un buey ó con una oveja, según los recursos de que dispone, y no hay para un extranjero nada tan depresivo como el negarse á recompensar espléndidamente los títulos de «gran león, poderoso, elefante» etc. con que les aclama alguno de esos cantores. Estas canciones ocupan desgraciadamente el puesto preferente en la poesía de los negros, siendo todas ellas interminables variaciones sobre un mismo tema. Son, pues, muy naturales la soberbia y el orgullo de los príncipes negros que tanto mortifican á los europeos. Esta última cualidad, que es en cierto modo innata en el carácter de los negros, llega á su extremo en aquéllos. Aquel caudillo manjema, Mwana Goy, á quien Stanley describe como el hombre más orgulloso de cuantos había conocido, «que se pavonea por su aldea llevando un palo en la mano á manera de cetro y vistiendo un trozo enorme de tela tejida con hierba, que medida exactamente vendría á tener 20 metros cuadrados y que en dobles pliegues está arrollada á su cintura, adornado con herretes, borlas y franjas, pintada su piel de distintos colores, bronce, negro, blanco y amarillo, y cubierta su cabeza con un verdadero promontorio de plumas» es, á pesar de su ridiculez grotesca, un tipo del cual existen muchos ejemplares.

Esta tendencia á ensoberbecerse es, en parte, motivada por el sentimiento instintivo de la necesidad de engrandecer,

de la manera debida, las cosas más pequeñas de los Estados negros: de éstos, los más poderosos apenas son Estados medianos por el número de millas cuadradas que abrazan, y resultan pequeñísimos si se atiende á sus elementos de fuerza. La mayor parte de ellos son, bajo todos conceptos, Estados exigüos muy parecidos á nuestras aldeas imperiales soberanas de otros tiempos. Según un cálculo sacado de la valuación hecha por el misionero y lexicógrafo Perrin y confirmada por Bleek, los cafres del país de los zulú (Zululand) componíanse en 1853 de 78 tribus, de las cuales la mayor contaba 1444 cabañas y la más pe-



Una negra de Loango, en el trabajo del campo (de una fotografía del Dr. Falkenstein).

queña 25. El número total de chozas ascendía, en 1849 á 26,295 y en 1853 á 28,642, de suerte que en este último año correspondían por término medio á cada tribu 367 cabañas. En un kral se cuentan generalmente cinco chozas, á pesar de que hay algunos mucho mayores y otros que apenas tienen 2 ó 3. Por cada choza pueden calcularse 3 ó 4 personas, según Perrin 3'7, de modo que á cada tribu sólo le corresponden 1,500 almas. Buchner apreció el número de los ilolos del reino de Lunda, «muchos de los cuales, sin embargo, apenas tienen el poderío que nuestros grandes labradores», en 300; y Schweinfurth calcula el número de almas de toda la tribu djur, en extremo fraccionada, en 20.000. Una de las principales causas de la confusión que se nota en la etnografía africana, es el hecho de confundir estas comunidades patriarcales que alguna vez, quizás por casualidad, fueron empujadas ó aparecieron en el primer término, con verdaderos Estados, es decir conglomerados de tribus, como el reino zulú de Tschaka y sus descendien-

tes, el reino de Sebituane y otros. Y esta confusión es tanto mayor cuanto que aquellas grandes agrupaciones son, por regla general, de corta duración, por lo mismo que son contrarias á la naturaleza y al grado de cultura de los negros. Por grandes que sean el respeto ó el miedo que infunda un caudillo señor de varias tribus, rara vez le es dado hacer de éstas un solo pueblo que se deje imponer las mismas costumbres, ó sustraerse á las confusiones que en su ánimo producen unas nociones de libertad enlazadas con los recuerdos de su origen. Los elementos de que se componen los pueblos tienen constantemente una tendencia á dilatarse y sólo pueden mantenerse unidos á fuerza de una hábil combinación de rigor y de condescendencia que no siempre descansa en un fundamento de estricta justicia. En la naturaleza de estos pequeños Estados africanos está el fraccionarse en innumerables partes, gracias á la influencia de un orden de cosas pacífico y próspero. Todos los caudillos se entregan á la poligamia y tienen gran número de hijos, los cuales, poseyendo igual número de rebaños, pretenden tierras de pastos y aguas. Desde el momento en que el aumento de propiedad, en este sentido, no permitió que vivieran tranquilos un Lot ó un Abraham, fácil es imaginarse las consecuencias que el mismo trae consigo en unos pueblos que anteponen sobre todo sus intereses personales. Los sucesos que, en nuestro siglo, se han desarrollado en la parte meridional del país de los negros, es decir las guerras de los cafres y de los beshuanes, ¿han fomentado cierta tendencia á la unión? Casalis, que tan bien conocía á aquellos pueblos, escribió hace 30 años: «Hace algunos años que el movimiento de avance de los europeos parece haber abierto los ojos á los indígenas: la atención de éstos se dirige ahora más á los intereses comunes; los caudillos son más indispensables á sus súbditos y cada día realiza mayores progresos la idea de una confederación general de las tribus que podría aumentar con los extranjeros. Un día, encontrábame yo presente á la salida de un caudillo que, después de haber sufrido durante algunos meses los saqueos de un vecino, se veía por fin obligado á tomar las armas. De antemano preveía aquél que esta expedición tendría por consecuencia la ruina completa de su enemigo, el cual á pesar de ser más débil era tan testarudo que no había que pensar en que se sometiera. «Sea lo que fuere, salgo al encuentro de cierta desdicha — me dijo el caudillo — pues al fin y al cabo este loco que no me quiere dejar en paz es un vecino y un negro como yo; es un apoyo del país y un cuerno del mismo buey. Le conozco desde mucho tiempo y si no lo aniquilo, lo cual es inevitable, todos sufriríamos por su causa.» Y señalando la ventana de nuestra habitación, añadía: «Si rompéis uno de los cristales de esta ventana, el frío penetrará en la casa aunque los demás queden intactos.» Estas elevadas ideas eran, 30 años antes, completamente desconocidas en aquel país, y aun cuando hoy en día no son generales, vese claramente que cada vez más se van abriendo paso.»

Es innegable que la reacción de los indígenas contra los europeos ha tomado, precisamente en el Sud de Africa, una forma cada día más marcada y mayor extensión, como nos lo demuestra la comparación entre las antiguas y las modernas guerras de los cafres, pero no ha alcanzado nunca las proporciones de una alianza tan grande y tan sólida como la que en el pasado siglo formaron en la América del Norte «las seis naciones.» Ignoramos con qué fundamento un viajero como J. Chapman, cuyos datos son por otra parte siempre bastante fidedignos, habla de tratados que en la notificación del convenio de Sand River formaron entre sí los griquas, los basutos, los barolong's, los batlapis, los

bakuenas, los bahurutses, los bamangwatos y otras muchas tribus para defenderse mutuamente contra los blancos. «Todavía — dice en el primer tomo de sus *Travels* — están unidos entre sí por estos tratados, casi de un lado del continente hasta el otro, y si después de esta crisis estallara desgraciadamente una guerra de cafres, sus consecuencias serían funestas para la parte septentrional de la colonia.» Es permitido, quizás, suponer algo exagerada esta afirmación, puesto que ni las más sangrientas guerras, durante mucho tiempo preparadas, de los negros sud-africanos contra los blancos, han puesto de manifiesto en ningún caso un sistema semejante de grandes alianzas. La idea de internacionalidad degenera, en tan estrechas relaciones, en idea de intertribualidad. Dentro de estos límites, empero, aparece el sentido del negro hacia el arte diplomático y las limitaciones de derecho, existiendo una porción de tratados públicos no codificados, cuyo objeto es fijar las fronteras de los principados de aldeas soberanas según la esfera de sus respectivos intereses. Por esto el comercio con las plazas de la costa, causa de tantas luchas entre las tribus del interior que se empujan unas á otras, ha dado ocasión á fijaciones de límites que han sido estrictamente respetadas por un grupo de tribus. En la costa de Kalabar, sólo las grandes plazas como Abo y Wuri son visitadas por grandes grupos de las plazas de Camerun, pero de manera que una parte de ellos procura evitar el visitar los lugares con los cuales mantiene la otra tratos mercantiles. De igual modo está regularizado el comercio con el interior. Cuando Buchholz visitó el río Quaqua, al Sud de las ciudades de King Bell y de King Aqua, encontró allí pescadores de este último punto y ninguno del primero: cada una de estas dos tribus de Camerun tiene sus *bush countries* (poblaciones) con las cuales comercian sus gentes, contrayendo parentesco con los habitantes de las mismas por medio de casamientos recíprocos. Esto último demuestra cuánta influencia tienen las costumbres exogámicas para unir á los pueblos.

El fraccionamiento político está fundado en el defecto que tiene cada Estado de exagerar su poder político, y este defecto obedece, á su vez, á la falta de toda medida de comparación. En esto motivaba Wilson sus excitaciones para que se enviara una embajada waganda á Europa, diciendo: «Procuramos convencer á Mtesa, pues lo que les falta á los caudillos y al pueblo es conocer exactamente su situación respecto del resto del mundo y la escasa importancia proporcional de su país, cosas que se remediarían rápida y fundamentalmente con una visita á un país europeo. Los que lo verificaran no se atreverían á su regreso probablemente á referir al rey todo cuanto hubiesen visto ni hasta qué punto estaba por debajo de los soberanos europeos, pero á sus compatriotas se lo contarían todo sin celo alguno y sus narraciones serían más creídas que las de los extranjeros, quienes, por causa de aquéllas, serían más respetados.» A falta de este mejor conocimiento de sí mismos, este fraccionamiento de los miembros de los grupos de tribus más afines constituye un poderoso aliado de los europeos en cuantas empresas realizan éstos en el territorio de los negros. Sólo una fuerza se ha manifestado suficientemente enérgica para reunir y contener los esfuerzos aislados, á saber la fuerza de una persona superior y falta de todo miramiento. «Sin un déspota que enviara á la lucha y á la victoria á todos los clans, como si fueran un poder unido, no podría existir una soberanía zulú» (G. Fritsch). Naturalezas como Sebituane ó Mirambo, Tschaka ó Ndlame — que no guardan consideración alguna y son, por lo mismo, déspotas populares — hé aquí los instrumentos con los

cuales África, en cuanto á los negros se refiere, ha intervenido hasta ahora en los movimientos históricos.

Los negros no consienten, en el interior y en tiempo de paz, que sus soberanos ejerzan un poder ilimitado; pero en cambio cuando se trata de una guerra pueden éstos en absoluto dirigir las fuerzas del pueblo hacia el exterior y amontonar conquistas sobre conquistas, tanto más cuanto que una expedición guerrera es, á la vez, una expedición de rapiña de la cual todo el pueblo se aprovecha, cuando la corona un éxito afortunado. El soberano es quien distribuye el botín y en esto descansa una gran parte de su influencia. Por esto constituye siempre uno de los hechos más importantes para la historia de los pueblos negros y aun para los intereses europeos en África, la aparición de notables conquistadores y soberanos que juntan tribus esparcidas y fundan vastos imperios. Ya se comprenderá que hasta el trabajo civilizador se hace con mucha más facilidad, cuando puede establecerse en puntos desde los cuales salen tanta fuerza y tanto poderío. Así como los trabajos de exploración de algunos viajeros europeos han sido favorecidos por hombres como Sebituane y Mtesa, así también serán indudablemente atendidos, por esta parte, los esfuerzos más trascendentales que hagan los blancos. Estos imperios son más frecuentes y más poderosos en el borde meridional del África interior, en donde las tribus cafres, gracias á un clima templado, dan muestras de una energía y de un espíritu emprendedor que hacen de ellos, entre los pueblos indolentes del África tropical, una temida raza de soberanos y además en el Norte y Nordeste, en donde están en contacto con negros puros algunas tribus que son productos de mezclas de negros con berberiscos, abisinios y árabes. Su desenvolvimiento ofrece un interés etnográfico especial, si comparamos con él la escasez de tales creaciones en otros pueblos que aproximadamente se encuentran en el mismo grado de cultura que aquéllos. Los indios de la América del Norte, en medio de la diversidad de organizaciones políticas que han producido, rara vez presentan una semejante á ella; pues aun en los casos en que los movimientos de avance de los europeos les obligan á formar confederaciones, en las cuales se olvidan los odios de raza pensando tan sólo en reunir las mayores fuerzas posibles, no subsisten esos imperios relativamente poderosos durante algunas generaciones, como de ello ha habido y hay todavía ejemplos en el África central. Si vamos á buscar las causas de este fenómeno, llegaremos hasta los límites de los negros, pues los que empuñan esos famosos cetros de los ugandas y de los unyoros, esos Munsa, Kasembe, Kasongo y Muata-Yamwo entran en el territorio de los africanos de color más claro y rizada cabellera del Norte y del Este, como lo ha demostrado la historia respecto de unos y como lo permite suponer la leyenda en cuanto á otros. ¡Cuán importante para el carácter de esta historia, que no conoce la influencia de los remotos tiempos, es el hecho de que en las leyendas de los negros el vértice á donde van á converger los movimientos históricos lo constituyan las emigraciones, la desaparición de gentes conocidas y la aparición de otras ignoradas!

Hijo de las contradicciones que el alma del negro ofrece, es el hecho de que á pesar del conjunto de honores que al caudillo se concede y que le acompaña aun después de muerto, ningún pueblo negro tiene, al parecer, un gobierno absoluto ni tampoco una república pura. En lo que cabe hablar de una Constitución determinada, la forma del gobierno de los negros puede calificarse de aristocracia oligárquica ó — como la califica Nauhaus entre los cafres — de mezcla de gobierno patriarcal y feudal. Ni los poderosos

soberanos zulú ni los wagandas son ni han sido nunca regentes absolutos, que serían inconcebibles desde el momento en que una gran parte del poder reside en los caudillos. Wilson escribe desde Rubaga: «Si se pudiera inclinar el ánimo de los caudillos á favor de los europeos, la civilización ganaría más terreno que con el favor de toda una serie de soberanos. Mientras Mtesa favorecía por varios motivos la presencia de los europeos en su país, los caudillos se le mostraban más ó menos hostiles, principalmente porque temían que éstos pudieran conquistar á Uganda.» En armonía con este orden de ideas, Gardiner, en sus tentativas para establecerse en el país de los zulú, hubo de atender más á los generales de Tschaka que á éste mismo, pudiendo influir para ello el miedo de que el príncipe, mediante las fuerzas de los blancos, podría hacerse demasiado independiente. Por lo demás, allí donde el Este el imperialismo de los grandes conquistadores ha ejercido una influencia democrática, está aquélla, por regla general, unida por estrechos vínculos de parentesco con la familia reinante. A la ilimitación del despotismo se opone también esencialmente el peligro del fraccionamiento de una tribu en manos de un soberano que intentara consolidarse demasiado, en cuyo caso los súbditos van abandonando secretamente el país y engrosando el poder de los príncipes vecinos.

Los exploradores del África nos han hecho conocer, al lado de déspotas sanguinarios, un número no pequeño de soberanos benévolos y juiciosos que demuestran que también en los tiempos de paz pueden los príncipes negros apreciar en un sentido elevado el carácter de sus funciones. Y al decir esto, no nos referimos á los buenos soberanos Bornu y Sokoto, que por ser mahometanos estuvieron sometidos á influencias extranjeras, sino á príncipes más pequeños, como Sebituane y Rumanika, reyes genuinamente negros. Puede pecar de exagerado un amigo de los indígenas que en *Cape Monthly* (1870) atribuye á Setscheli el proyecto de evitar la sequía de su país, conservando los macizos de arbustos que crecían en las alturas; pero es lo cierto que este soberano fué bastante prudente para promulgar, en el parlamento del Cabo, una ley para que se respetara á los avestruces hembras. Cuando el propio Setscheli regresó, en 1852, de su excursión á la ciudad del Cabo, la primera innovación que introdujo, copiándola de lo que en ésta había visto, fué el trabajo forzado, en la carretera de Schoschong, de los criminales, atados de dos en dos. Livingstone que tan benévolo se muestra con los negros, nos ha dado á conocer una porción de príncipes á aquél parecidos: de ellos sólo mencionaremos al príncipe manjema Moenekus, para citar algunas palabras tan exactas como tristes con que Livingstone termina la descripción de sus actos. Dice así: «Es digno de notarse que el armisticio que han conseguido los manjemmas no haya avanzado un paso á pesar de la conside-



Distintivo de un caudillo, (según Camerun)